

« hombre á quien yo habia hecho traicion acaba-  
 « baba de hacérmela á mí. Me parecia oír las  
 « alegres risotadas de mis enemigos, los aplau-  
 « sos que daban mis rivales á esta justicia dis-  
 « tributiva. Comprendí que yo no podia ya apa-  
 « recer delante del público sin ser señalado con  
 « el dedo y sin llegar á ser el objeto de una  
 « ignominiosa compasion! En fin, el sentimien-  
 « to de mi degradacion me cubrió de tanta con-  
 « fusion que (lo confieso) fué mas bien la ver-  
 « güenza que la piedad quien me lanzó en las  
 « soledades del claustro. Quise, sin embargo,  
 « antes de separarme del mundo, sacar irrevoc-  
 « cablemente á Eloisa; por mi orden pronunció  
 « sus votos eternos. Asi, los dos en el mismo  
 « dia abrazamos á un tiempo la vida de los ce-  
 « nobitas; ella en Argenteuil, yo en la abadia  
 « de San Dionisio. Comovidos por su juventud  
 « y por su belleza, los amigos de Eloisa quisie-  
 « ron en vano separarla del sacrificio que iba á  
 « consumir. Ella respondió llorando no por  
 « ella, sino por su esposo, con aquellos versos  
 « que el poeta romano pone en boca de Corne-  
 « lia, viuda del gran Pompeyo:

« Oh mi ilustre esposo! oh tú, cuyo lecho  
 « no era yo digna de ocupar! Mi fatal destino es  
 « el que pesa sobre el tuyol ¿Por qué, misera-  
 « ble de mí, he formado vínculos que debian  
 « traer tu ruina? Toma, recibe en holocausto  
 « de tu amante la espacion de las desgracias  
 « que he atraído por mi amor sobre tí»

« Y pronunciando estos versos en medio de  
 « sus sollozos, Eloisa se precipitó al altar como  
 « si se precipitara en un abismo; cogió allí el  
 « velo fúnebre bendecido por el obispo, y se  
 « consagró para siempre, delante del pueblo  
 « reunido, al Dios que recibió su juramento!»

## VIII.

Tal era la relacion del sacrificio de Eloisa  
 por Abelardo mismo. La sombra del monaste-  
 rio la cubrió en seguida por espacio de largos  
 años; llama cubierta, pero jamás apagada.  
 Abelardo llevó al monasterio de San Dionisio  
 su inquietud, sus talentos, vivificados todavia  
 por la concentracion sobre el estudio, su am-  
 bicion, que no habia hecho mas que cambiar  
 de naturaleza, y aquel celo intolerante de las  
 reformas, por lo que los nuevos prosélitos  
 creian reparar demasiado pronto sus extravios.  
 Los monges de San Dionisio y el abad que to-  
 leraba y dividia con ellos sus desórdenes, se irri-  
 taron de sus admoniciones; vióse obligado á  
 llevar sus severidades y sus innovaciones á un  
 convento inmediato dependiente de la abadia  
 de San Dionisio en Denil. Volvió á establecer  
 su cátedra de filosofia, y aturdió de nuevo las  
 escuelas y la Iglesia con el ruido de sus doc-  
 trinas y de sus innovaciones en materia de fé.

La Iglesia se ofendió, y no sabemos qué  
 escrito suil y peligroso sobre la *unidad* de la  
*Trinidad*, en la que esplicaba este misterio  
 sin llamar á la fé en ayuda de la insuficiencia  
 de los razonamientos humanos, sirvió de pre-  
 testo á sus enemigos ligados contra este im-  
 portuno innovador. Citóle un concilio en Sois-  
 son para que diese cuenta de sus doctrinas, y  
 fué condenado en él solemnemente. Le relega-  
 ron para espiar su error al monasterio de San  
 Medard, y allí entró con la desesperacion en su  
 alma. «La traicion de Fulberto, esclama, me  
 « parece menos intolerable que mi nueva inju-  
 « ria!» El legado del papa, mas imparcial y mas  
 tolerante le relevó muy pronto de esta pena.

Cuando volvió á la abadia de San Dionisio,  
 halló en los monges unos enemigos implaca-  
 bles, los que no tardaron en declararle *ene-  
 migo del Estado*, criminal de *lesa nacion*, por  
 haber dicho que San Dionisio, obispo de Aten-  
 as, convertido por San Pablo, no era el mis-  
 mo que San Dionisio de Gales, primer obispo  
 de Paris, obligado á desterrarse á pesar de la  
 complacencia de una retractacion que habia  
 hecho para desarmar el odio de los monges de  
 San Dionisio, partió con un solo adolecente,  
 discipulo suyo, á un desierto de la Champagne.  
 Allí, dice, en la margen de un pequeño arro-  
 yo sombreado por encinas y cercado de rosa-  
 les, me construí con mis propias manos un  
 oratorio, edificado de ramas y cubierto de paja.  
 Me hallaba solo y podia cantar con el profeta:  
 « He huído; me he alejado, y he habitado en la  
 « soledad!»

Peró no estuvo solo mucho tiempo. El espí-  
 ritu de discusion y de novedad se estendia en  
 el mundo con tal fuerza, que aquellos que po-  
 seian la palabra llevaban en pos de sí pobla-  
 ciones enteras, ora en clase de discipulos, ora  
 en clase de oyentes. La juventud tenia tal sed  
 de verdad en este siglo, que solo la contro-  
 versia le parecia un paso hácia el gran miste-  
 rio, y del choque de las doctrinas contra las  
 doctrinas esperaba siempre ver la luz que no  
 aparecía.

« Cuando supieron el lugar de mi retiro, es-  
 « cribe Abelardo, acudieron de todas partes mis  
 « discipulos, de las ciudades, de los castillos,  
 « para construir humildes celdas en mi desier-  
 « to. Se les vió abandonar sus muelles camas  
 « para reposar en gergones, las mesas suntuo-  
 « sas por comidas frugales; así como dice San  
 « Gerónimo, que los filósofos de la antigüedad  
 « se apartaban de las ciudades, de los jardines,  
 « de las campiñas dulcemente sombreadas, de  
 « los conciertos de las aves, de las frescuras de  
 « las fuentes, de los arroyos murmurantes, que  
 « podian encantar los ojos y los oidos, seducir  
 « los sentidos y debilitar la virtud. Así como  
 « los hijos de los profetas vivian como solita-  
 « rios en cabañas á orillas del Jordan, alimen-  
 « tándose de raíces lejos de las ciudades y de  
 « las pasiones humanas... mis discipulos se  
 « construian celdas en las márgenes del Ardu-

« ze, mas semejantes á ermitaños que á escola-  
 « res. Peró mientras mas se aumentaba el nú-  
 « mero, la vida era mas estudiosa y santa; de  
 « manera que mis enemigos veian multiplicarse  
 « su vergüenza con mi gloria. Sin embargo, la  
 « indigencia era la que me habia obligado á  
 « volver á abrir mi escuela. Yo no podia entre-  
 « garme á los rudos trabajos de la tierra, yo  
 « no queria mendigar mi pan. Mis discipulos  
 « cultivaban los campos, edificaban las celdas,  
 « y bien pronto no bastaron para contener su  
 « número. Edificaron un vasto edificio de pie-  
 « dra y madera, y apellidé á este monasterio  
 « con el nombre de *Dios consolador, el Para-  
 « cleto.*»

## IX.

Peró los enemigos de Abelardo le envidia-  
 ron hasta en el desierto. Vieron ó fingieron  
 ver en el nombre del *Espíritu consolador*, al  
 cual habia dedicado Abelardo su monasterio,  
 una especie de invocacion filosófica en una  
 sola persona de la Trinidad, con esclusión de  
 las otras dos. San Bernardo le designó con la  
 vindicta de la Iglesia, y se vió obligado á de-  
 sertar del desierto, y á buscar en la estremidad  
 de las costas del mar de Bretaña, un asilo mas  
 inaccesible á la envidia y á la persecucion.  
 Este lugar era la abadia de Gildas en la dióce-  
 sis de Vannes. Los monges que habitaban allí,  
 degenerados de la santidad monástica de las  
 primeras edades, habian convertido aquel asilo  
 en un depósito de todas las barbaries y de to-  
 dos los vicios; era un promontorio incesante-  
 mente batido por un mar que gemia; montañas  
 de espuma asediaban de día y de noche las  
 empinadas rocas; se hubiera creído que aquel  
 lugar era una nave enteramente á pique en  
 una ribera inaccesible al socorro.

« La vida de estos frailes, dice Abelardo, su  
 « superior, era casi indomable. Las puertas de  
 « la abadia aparecian adornadas con pies de  
 « fieras, trofeos sangrientos de sus caerías.  
 « Los monges aquellos no despertaban sino al  
 « sonido del cuerno y á los ladridos de los per-  
 « ros; eran crueles, vivian sin freno en medio  
 « de su licencia. En guerra con los señores ve-  
 « cinos, eran á su vez oprimidos ú opresores.»  
 Se reian de la indignacion que sus costumbres  
 excitaban en Abelardo, y bien pronto el odio  
 contra aquel que pretendia reformarlos llegó  
 hasta el crimen. Insultado, amenazado, ataca-  
 do en los bosques, envenenado, dice, hasta en  
 el cáliz del sacrificio, tuvo que huir para liber-  
 tarse de la sedicion de estos frailes.

Los señores de aquellas cercanías le arran-  
 caron del hierro de los asesinos. Se refugió  
 en un sitio mas desierto todavia de los domi-

nios de su abadia, clamando al Señor para que  
 le libertara de tantas calamidades como el  
 Profeta.

## X.

Sin embargo, habian trascurrido quince  
 años en estas ambiciones de saber, de gloria,  
 de santidad, y en estas tribulaciones de la vi-  
 da, para Abelardo, sin que hubiese dado una  
 sola señal de recuerdo hácia aquella á quien  
 habia sepultado en Argenteuil con el corazón  
 jóven todavia. Eloisa no se quejaba ni de esta  
 dureza, ni de este silencio; respetaba como  
 una virtud esta negligencia y este desprecio  
 de su esposo, creyendo que la tierra y el cielo  
 y su propio corazón, no eran buenos mas que  
 para ser sacrificados á este mas grande y mas  
 adorado de los hombres. Abelardo permanecia  
 intacto en su adoracion sobre el altar que ella  
 le habia elevado en su alma. Todos aquellos  
 suspiros eran dirigidos á Dios para él; pero los  
 encerraba entre Dios y ella, temiendo que uno  
 de sus recuerdos ó uno de sus sentimientos no  
 escandalizara al mundo ó no turbase la con-  
 templacion sublime de su esposo. Las puertas  
 del monasterio de Argenteuil no revelaban na-  
 da de este inmenso amor que sobrevivía detrás  
 de las paredes.

Una persecucion las rompió. Suger, abad  
 de San Dionisio, pretendia que el monasterio  
 de Argenteuil pertenecia á su orden, y espul-  
 só despiadadamente á las religiosas como á un  
 rebaño sin pastor. El grito de su desgracia llegó  
 hasta los oidos de Abelardo. Sea que sus propios  
 infortunios hubiesen enternecido su alma, sea  
 que la memoria de las felicidades de la juven-  
 tud, que se reanima en la tarde de la vida co-  
 mo una voz sorda, sea que la comparacion  
 entre la adhesion de esta muger inmólada, las  
 ingrátitudes del mundo y la nada de la gloria  
 encendieran en él los santos reconocimientos  
 de un amor mal apagado, Abelardo acudió des-  
 de su desierto al socorro de Eloisa, errante y  
 perseguida.

La condujo al *Paracleto* con sus compañe-  
 ras, les cedió este monasterio, del cual vino á  
 ser la abadesa, y la visitó á menudo para asistir  
 con su presencia y remediar con su fortuna la  
 indigencia de aquella á quien habia abierto  
 aquel asilo. Teniendo entonces mas de cin-  
 cuenta y ocho años, revestido con el traje sa-  
 cerdotal, habiendo llegado á ser padre espiri-  
 tual de esposo carnal que habia sido, el mun-  
 do respetó esta union de dos almas tiernas que  
 no tenian de comun en el pasado mas que ge-  
 midos, en el presente mas que santidades y en  
 el porvenir el cielo.

Peró sus enemigos no los respetaron: sem-  
 braron odiosas calumnias acerca de la pureza

de este comercio enteramente místico entre Abelardo y su antigua esposa. Retiróse de nuevo á su desierto de Breña, prefiriendo esponer de nuevo su vida al puñal y al veneno que esponer la virtud de Eloisa á las lenguas acedadas de sus calumnias. Entonces escribió las memorias de su vida, de la cual acabamos de apuntar los principales rasgos. Este libro, confiado á la amistad, llegó á manos de Eloisa, é hizo que palpitará, con los recuerdos que trazaba, el corazón de Eloisa, que había enmudecido durante quince años. Abrióse una correspondencia, tierna por una parte y fría por la otra, entre los dos esposos separados por la mano de Dios y de los hombres. La Safo del cristianismo se deleitaba en estas cartas espresando su pasión, aquella llama de un amor purificado por el sacrificio y que nada pudo apagar en la tierra, porque no se alimentaba mas que con el fuego del cielo.

Solo el sobre de estas cartas de Eloisa es un himno de ternura infinita, que por esta suscripción hace traición á la duda apasionada de una mano de mujer que busca, que encuentra y que desecha á su vez todos los nombres capaces de espresar las mas fuertes emociones del alma, sin poder encontrar en ella uno que la satisfaga, y que concluyó por acumularlos todos juntos á fin de que no hubiese en la naturaleza una especie de ternura que se confundiera con la suya.

«A SU SEÑOR, Ó MAS BIEN, A SU PADRE, SU  
«ESCLAVA, Ó MAS BIEN SU HIJA, SU ESPOSA,  
«Ó MAS BIEN SU HERMANA; A ABELARDO, ELOI-  
«SA!»

«Cierta persona, dice en la primera de estas cartas, despues de haber leído la relación de sus amores por Abelardo; cierta persona me ha traído por casualidad la historia que acabais de confiar á un amigo. Al punto que reconocí que procedia de vos, comencé á leer con tanta mas precipitación, cuanto yo adoro al escritor. Aquel á quien he perdido, creí encontrarle, como si su imagen hubiera debido reproducirse y encarnarse en los signos de su mano; son muy tristes y muy amargas, único tesoro mio, las líneas que señalan nuestra conversacion y nuestras inagotables desgracias.

«Dudo que nadie pueda leerla ó escucharla sin llorar.»

Despues aludiendo á su nuevo destierro y á las persecuciones de que se encontraba rodeada en Saint-Gildas, «en nombre del mismo Jesus, que parece protegernos todavía, dice, nosotras que somos sus esclavas como somos las vuestras, os rogamos nos informéis con vuestras frecuentes cartas de los naufragios en medio de los cuales estais todavía sumergido, á fin de que nosotras, que os quedamos solas en el mundo, podamos participar de vuestro dolor ó de vuestro consuelo. Ordinariamente llamamos consolar al afligido aflijirse con él; estas cartas nos serán tanto mas

«dulces cuanto que serán testigos de que os acordais de nosotros!...»

«¡Oh! ¡con qué delicia se reciben las cartas de los amigos ausentes! Si los retratos de los amigos separados por la distancia reaniman su memoria y engañan el pesar por un vano consuelo, cuanto mas las cartas, que son ellos mismos, que llevan los verdaderos pensamientos del amigo ausente!... Gracias sean dadas á Dios de que al menos el odio no nos prohiba estar el uno en presencia del otro.»

En seguida le interpela, indicándole los cuidados que debe como padre á sus religiosas, para que las prodigue sin cesar sus cartas, sus consejos, sus órdenes; pero se ve que se sirve sin conocerlo de este pretexto sagrado para tomar ella misma la parte principal y deliciosa de este comercio. «Pensad, sin hablar de las demas, pensad, escribe, en la inmensa deuda que habeis contraído tambien hacia mí. Pensad en todas estas santas mugeres, y especialmente en una que solamente vive para vos... ¿Y por qué, prosigue con indecible ternura reconviéndole por tantos años de olvido y de silencio, por qué cuando mi alma está inundada de tantas angustias, por qué no habeis procurado consolarme, ausente por vuestras cartas y presente por vuestras palabras?... Es un deber que os obliga hacia mí, porque estamos unidos con el sacramento del matrimonio; y vos sois tanto mas culpable á mi juicio, cuanto que siempre, como todo el universo ha sido testigo de ello, os he amado con un amor inmenso é imperecedero!...»

«Vos sabeis, oh mi única ternura, cuánto he perdido perdiéndoos! Mientras mas grande es mi dolor, mas piadoso debéis ser el consuelo; de nadie mas que de vos lo espero. Vos estais obligado á ello, pues sois el único que podeis entristecerme, que podeis regocijarme y que podeis consolarme! ¿No he obedecido yo ciegamente todas vuestras voluntades? ¿No me he perdido yo misma por obedeceros? Mas he hecho todavía... ¡Increible sacrificio! mi amor se ha exaltado hasta la demencia y el suicidio. Por vuestra orden, vistiéndome este hábito, he cambiado á vuestro gusto de corazón, para haceros ver que vos érais el poseedor absoluto de él...»

«Nunca, Dios es testigo de ello, he querido de vos mas que vos mismo; mientras mas humillada me vea por vos, mas habré merecido un arrepentimiento tierno, y menos encadenaré vuestro genio y dañaré vuestra gloria!...»

«Pongo á Dios por testigo de que si el dueño del mundo me hubiese juzgado digna de su mano y me hubiese ofrecido con su nombre el imperio de todo el universo, el nombre de vuestra esclava me hubiera parecido mas glorioso que el de emperatriz!... ¿Qué reyes podrían compararse con vos? ¿Qué pais,

«qué ciudad, qué aldea no estaria impaciente por contemplaros? ¿Qué muger, qué virgen no ha deseado que vuestras miradas se dirigiesen á ella?... ¿Qué reina no ha envidiado mi felicidad?»

«¿No poseeis dos dones que fascinan irresistiblemente los corazones de todas las mugeres? La elocuencia y el canto.»

«Os he hecho mucho mal, y sin embargo, sabeis que soy inocente... Decidme, ¿por qué desde que yo me he cautivado en el claustro por vuestra voluntad, me habeis castigado descuidándome, olvidándome y hasta privándome de vuestra presencia y de vuestras cartas?... Decidlo si os atreveis. ¡Ah! yo lo sé... el mundo lo sospecha: porque vuestro amor no es tan puro, tan desinteresado como es mio; desde que habeis dejado de desear una felicidad profana, habeis dejado de amar.»

«¡Ah! hacéd, yo os lo suplico, lo que pido; es tan poco y tan fácil para vos! Habladme al menos de lejos con aquellas palabras que me hacen la ilusión de vuestra presencia. Yo habia creído merecerlo todo de vos, cuando tan joven abracé por complaceros las austeridades del claustro. Cuando habeis caminado hacia Dios, os he seguido.... He gemido mucho.»

«En otro tiempo se podia dudar de la pureza de los motivos que me unen á vos; pero al fin, ¿no está patente cuál fué la naturaleza de mi amor desde el principio? He renunciado á toda felicidad mundana...»

«Por ese Dios á quien os habeis consagrado os ruego que me devolvais vuestra presencia tanto como os sea permitido, es decir, escribiéndome algunas cartas de consuelo, á fin de que fortificada con esta lectura me eleve con mas ardor al servicio de Dios. En otro tiempo, cuando aspirábais á las delicias profanas, me dirigiais frecuentes epístolas que propagaban el nombre de Eloisa. En todas las plazas, en todas las casas resonaba este nombre. Pensad en lo que os digo! ... Concluyo esta larga carta con esta sola palabra: Mi único y mi todo, adiós!...»

«para conjurar los peligros que me persiguen en todos los instantes del día!» Despues disertó largo tiempo, pero friamente con ella acerca de la eficacia del rezo colectivo de las comunidades de las mugeres; en seguida volvió á hablar de los peligros que le cercan, y parece olvidar las afecciones de Eloisa para no pensar mas que en las suyas, como si ella fuera bastante dichosa por rogar por él.

Sin embargo, al fin de la carta, el amor parece hacerle traición invocando una muerte tan vanamente deseada durante su vida. «Oh hermana mia, esclama, si Dios me entrega en manos de mis enemigos, si ellos me dan la muerte, ó si por algun acontecimiento ordinario me encamino hacia el término comun á todos los hombres, hacéd, yo os lo mando, trasladar mi cuerpo á vuestro cementerio, á fin de que vosotras, mis hijas, ¿que digo? mis hermanas en Jesucristo, teniendo incesantemente mi tumba á la vista seais mas solícitas para encomendarme á Dios.»

Escepto este arranque involuntario de amor acerca de su tumba, las cartas de Abelardo son secas de lágrimas, frias de corazón, y duras en las palabras. Se siente al hombre lleno de sí mismo; Eloisa está llena de él.

A mi único despues de Jesucristo, á mi único en Jesucristo, escribe. «A vos pertenece celebrar nuestros obsequios, á vos enviar á Dios aquellos que habeis reunido en su presencia!—No, jamás permitirá Dios que nosotras os vigilemos, pero si moris antes que nosotras, procuraremos seguirlos mas bien que sepultaros, pues que destinadas tambien no otras á la tumba, no tendremos valor para preparar la vuestra. Si yo os pierdo, ¿qué espero en la tierra? ¿Cómo permanecer en el peregrinaje de la vida, donde no soy detenida mas que por el pensamiento que tengo siempre en vos? ¡Oh! la mas desgraciada de todas las desgraciadas! Llevada por vos mas allá que todas las mugeres, ¿no he obtenido esta gloria mas que para ser precipitada en los infortunios? Viviamos santamente, vos en París, yo en Argenteuil; tambien nos habiamos separado para consagra nos mas santamente, vos á vuestros estudios, yo al rezo entre tantas vírgenes, y durante esta vida tan pura os ha atacado el crimen. ¿Por qué no nos cogió juntos? Fuimos dos para los errores, y fuisteis solo para la espiacion, y el menos culpable ha sufrido la pena. Lo que vos habeis sufrido un momento en vuestro suplicio es justo que yo lo sufra toda mi vida.»

«Si es menester confesaros la debilidad de mi alma no me arrepiento por ello. Fué tan dulce mi felicidad! En mi sueño, en medio de las ceremonias donde el rezo debe ser mas puro, los lugares, los tiempos, las felicitades de nuestros años pasados se me representaban. Me llaman santa los que no saben lo que gimo, me alaban delante de los hombres, pero no merezco estos elogios delante de Dios que

CAPITULO ALFONSINA

penetra los corazones!... En todas las circunstancias de mi vida, vos lo sabéis, mas he temido ofenderos que ofender á Dios.»

En medio de una disertacion difusa sobre el Cántico de los Cánticos, encuentra Abelardo algunas notas penetrantes para su respuesta. «¿Queréis, dice Abelardo á Eloisa, queréis, pues, ser la compañera de mi felicidad, y no de mis penas? ¿Sufriréis vos por estos recuerdos criminales, que yo vaya al cielo sin vos, vos que me hubierais seguido, decíais vos entonces, hasta á los infernos?»

Después repasa, delante de Dios y delante de su cómplice, todas sus pasadas inquietudes, y manda á Eloisa que dé gracias á Dios por las penas que le han afligido y cambiado. «Vos nos habeis unido, Señor, y vos nos habeis separado una vez por un momento en el mundo, rennidnos para siempre en el cielo!...

Se encuentra al fin el esposo en el santo.

## XI.

La persecucion llegó hasta el *Paraclito*. Odiosas insinuaciones de sus enemigos le espulsaron de nuevo. «Cómo, esclama en su desesperacion, siendo lavada toda ocasion de falta por la desgracia, los años y la santidad de la profesion monacal; ¿puede sobrevivir la sospecha? Mas me hacen sufrir hoy mis calumniadores, que en otro tiempo mis verdugos!...

Pero sus enemigos procuran perseguirle mas en su gloria que en su amor. Sus escritos que se multiplicaban y que fanatizaban á la misma Roma porque dejaban traslucir la primera aurora de libertad para la discusion, eran sospechosos de heregias involuntarias. San Bernardo, el censor, el reformador y el vengador de la Iglesia en Francia, se levantó con vehemencia contra él. Citado al concilio de Jems para responder de sus máximas, Abelardo se calló, y San Bernardo denunció hasta este silencio.

«Este hombre, escribió, se lisonjea de poder confirmar por la razon lo que es misterio. Sube hasta el cielo, y desciende hasta los abismos; es grande delante de sus propios ojos. Es un eserutador de la magestad divina, un fabricante de errores! Uno de sus libros ha sido ya examinado por el fuego. Maldito aquel que levanta ruinas! La necesidad quiere que traigais un pronto remedio al contagio, pues este hombre se lleva á la multitud. Se predica un nuevo Evangelio á los pueblos; se propone á las naciones una nueva fé; todo es perversidad. El exterior de la piedad está en su sobriedad y en su vestido; se trasforman

en ángeles de luz mientras que son demonios. Este *Goliath* (asi llama á Abelardo) quiere sostener contra mí sus dogmas perversos. yo rehusó, porque soy un niño en la palabra, y él es grande y terrible combatiendo.... Pero vosotros, sucesores de los apóstoles, vosotros juzgareis si debe encontrar un refugio en la silla de San Pedro!... Considerad lo que os debeis á vosotros mismos! ¿Por qué habeis sido elevad al trono, sino para arrancar y plantar? Y si Dios ha hecho surgir en vuestro tiempo cismáticos ¿no es para que estos cismáticos sean destruidos? Ved las zorras que arrancan la viña del Señor, ¿las dejareis crecer y multiplicarse? Todo lo que no habeis destruido será la desesperacion de vuestros sucesores. Si vosotros no los destruis, nosotros mismos los destruiremos.»

Asi hab'aba este poderoso tribuno de la Iglesia de Francia. Sin embargo, se le erigen estatuas á ocho siglos de distancia.

Tan imperiosa escitacion, apoyada por la popularidad de San Bernardo, no podia dejar de ser obedecida en Roma, aunque el papa, dulce é indulgente, repugnase dañar en Abelardo á un maestro cuya sinceridad conocia y cuyo genio admiraba. Abelardo fué condenado á la reclusion perpétua de un monasterio. Esta condena presentida por Abelardo, le arrancó por última vez á la paz del *Paraclito* y á las lágrimas de Eloisa. Dió un eterno adios á aquella soledad que habia poblado primero de discipulos entusiastas, despues de virgenes piadosas, y que habia recogido tan á menudo los restos de su vida. Encaminóse solo y á pie hacia los Alpes para ir á implorar la justicia y el asilo del papa contra su perseguidor. Pasó por *Cluny*, entonces abadía soberana, que daba hospitalidad á los papas, á los reyes, á los peregrinos y los mendigos que se encaminaban desde Paris á Roma.

## XIII.

Este monasterio de la orden de San Benito, fué fundado por Guillermo duque de Aquitania, poseedor de un vasto territorio en la provincia de Maconais. Guillermo, según la costumbre de los principes ó señores de su tiempo, quiso comprar la eternidad al precio de una concesion de tierras hecha á cenobitas, cuyos ruegos se elevaran perpétuamente al cielo por su alma. Los cenobitas, á quienes habia encargado buscar el lugar mas propio para el monasterio, habian recorrido las montañas y los valles de sus dominios, y fijaron su eleccion en un desfiladero estrecho y profundo en un valle interior que está detras de la cordille-

ra de montañas del Saona, entre Dijon y Macon. Estos cenobitas tenian en electo el instinto de la naturaleza á propósito para el aislamiento y el recogimiento de sus almas.

A los pocos siglos, merced á la inmensidad y á la fertilidad del territorio, al piadoso comunismo que echaba la fortuna de los moribundos en los monasterios, y á la habilidad gubernativa de la orden, verdaderos hombres de Estado de estas comunidades, el desierto de Cluny vió elevarse mas allá de los bosques una serie de claustros, de torres y otras obras góticas y bizantinas, ornamentos y defensa de una basilica igual en estension á las mas vastas basilicas de Roma.

Una ciudad aparecia unida á la abadía para ser protegida por los monges. Los papas salian de las celdas de esta abadía para gobernar el mundo cristiano; los reyes venian á visitar y á dotar este santuario; allí se reunian concilios, y sus abades habian llegado á ser poderosos; los peregrinos de todas partes del mundo llamaban á sus puertas y recibian allí la verdadera hospitalidad.

Un hombre consumado en las ciencias, en la poesia, en la gloria y la virtud, *Pedro el Venerable*, gobernaba á la sazón el monasterio. Contraste viviente de San Bernardo, el abad de Cluny personificaba en sí la caridad del religioso, y San Bernardo personificaba el proselitismo en el terror. Pedro el Venerable, elegido jóven todavia para el gobierno de su orden, por el brillo de su talento y por la seduccion de su carácter, poeta, filósofo, escritor, hombre de Estado en la piedad, y hombre de piedad en la política, era otro Abelardo, pero un Abelardo sin su orgullo y sin sus debilidades. Llevaba en sus facciones el sello en relieve de su alma. De elevada estatura, delgado, magestuoso en su andar, bello de cara, de mirada dulce, gracioso, silencioso por costumbre, era además persuasivo cuando hablaba. Colocado, por decirlo asi, por la elevacion de sus ideas á igual distancia del cielo y de la tierra, igualmente atento á las cosas de lo alto y á las cosas de aqui abajo, representaba la santidad cristiana, atraia al mundo por su mansedumbre, en lugar de espantarlo con sus rigores y con sus invectivas.

El perfume de sus virtudes era tan penetrante y tan duradero, que el recuerdo, despues de ocho siglos, se ha perpetuado de padre á hijo entre el pueblo de la ciudad y del valle de Cluny, y que la casualidad, habiendo hecho descubrir hace algunos años una tumba que se cree la suya, las mugeres y los niños se disputaron sus cenizas por una tradicion de amor en el pais.

Habia tenido cuestiones con San Bernardo que inquietaba todo lo que no podia dominar, y apreciaba á Abelardo por su poesia, por su elocuencia, y especialmente por sus desgracias. Eloisa era á sus ojos la maravilla de los siglos y del santuario. Habia ido á visitar el Paraclito,

famoso por la piedad y las lágrimas de aquella viuda de un esposo vivo, y habia vuelto encantado, edificado y entusiasmado de Eloisa, con la cual estaba en correspondencia.

Tal era el hombre á quien Abelardo fugitivo iba á pedir el asilo de una noche.

Llegó cansado y enfermo á las puertas del monasterio, y quiso echarse por humildad á los pies de Pedro el Venerable, quien le recibió en sus brazos y quien le abrió su casa y su corazon. Abelardo, enternecido por una acogida semejante, le refirió sus nuevas vicisitudes, sus tribulaciones, su condena al claustro y su resolucion de ir á Roma para reclamar la justicia del soberano pontífice, en otro tiempo amigo suyo. El abad de Cluny se apiadó de las desgracias de Abelardo y le animó con la confianza. Pero inquietándose por la enfermedad de su huésped, á quien consumian la fiebre y los dolores: temiendo que esta gloria de la Francia se apagara miserablemente, mendigando un pan por algun sendero nevado al atravesar los Alpes, ó que cayese cautivo en manos de sus enemigos, le detuvo bajo piadosos pretestos en Cluny.

Durante este descanso de su huésped en la abadía, Pedro el Venerable escribió secretamente al papa una carta llena del celo mas tierno y mas insinuante para su amigo.

Una invocacion tan especial en favor de la amistad, y la memoria siempre viviente del entusiasmo que habia tenido en otro tiempo por el orador y el poeta de su juventud, no podian dejar de conmovier al papa. Concedió á Pedro el Venerable la gracia y la proteccion que imploraba para Abelardo. Abelardo en esta soledad tuvo por superior y por carcelero al mas tierno y al mas misericordioso de sus amigos.

Eloisa, tranquila por la suerte de su esposo, rezó por la felicidad y por la santidad de Abelardo. Los últimos dias de este hombre, á quien habia encendido y perdido la pasion del mundo, pero que habia sabido conservar la pasion de una muger y la ternura de un amigo, trascurrieron en las conversaciones poéticas y piadosas de Pedro el Venerable, en el estudio de las cosas eternas, en el desprecio de las vanidades que no habian pagado el precio de un corazon, y en la esperanza de la reñion bienaventurada que Eloisa le asignaba en el cielo.

Todavía se muestra en la estremidad de una calle de árboles desierta, al pie de los muros de la abadía, al murmullo del arroyuelo, al silbido de las brisas en los juncos de un estanque un tilo inmenso, contemporáneo de las flechas monásticas, á la sombra del cual Abelardo se sentaba á pensar, con la cara vuelta hácia el *Paraclito*. Los religiosos, orgullosos de haber dado hospitalidad en su claustro á esta gloria del siglo XI se habian transmitido esta tradicion. Despues, la revolucion francesa, que tanto ha destruido, ha respetado este

tilo y una ó dos flechas de la basílica; los últimos religiosos han referido esta leyenda á los habitantes de la ciudad que la trasmiten á los viajeros.

Su alma, consumida por el fuego de la pasión y por el fuego del genio, desalentada por el infortunio y por la persecución no le prometía largos días. Estinguióse en los brazos de su amigo, dos años y algunos meses después de haber pisado los umbrales hospitalarios de Cluny.

La amistad de Pedro el Venerable no se creyó satisfecha hácia su amigo después de haberle sepultado; entró por su caridad verdaderamente divina, en la piadosa complicidad de un amor que tanta sangre, arrepentimiento y lágrimas habían consagrado á sus ojos; comprendió que su amigo en el cielo y Eloisa en la tierra le pedían el último consuelo de la unión, á lo menos en el sepulcro. No se creyó culpable por condescender, á pesar de su santidad, á estas debilidades ó á esta ilusión del amor, que no habiendo podido confundir dos vidas, quiso al menos confundir dos cadáveres pero temiendo la sombra del escándalo, cubrió con el misterio el piadoso robo que hizo él mismo en el cementerio de *San Marcelo*, oratorio dependiente de su abadía, en el cual Abelardo estaba inhumado. A nadie confió el cuidado de acompañar los restos de su amigo para entregarlos á Eloisa; ninguna otra mano era digna de tocar este depósito que la mano de un santo y de una esposa. Levantóse durante las tinieblas, exhumó el féretro de Abelardo y le trasladó al Paracleto; él escribió el epitafio de su amigo: «*Platon* de nuestra edad, igual ó superior á todo lo que vivió, soberano del pensamiento, reconocido por todo el universo, sobrepujaba á la humanidad por la fuerza de la idea y por la fuerza de la eloquencia. Su nombre fué Abelardo!»

Se encargó de ser el padre de un hijo que Eloisa y Abelardo habían tenido en su unión antes de su desgracia y de su consagración al claustro.

#### XIV.

Eloisa, después de haber recibido con lágrimas el féretro de su esposo, le sepultó en el cementerio del Paracleto, en la bóveda donde ella se guardó su sitio conyugal en el lecho de la muerte. Pedro el Venerable celebró las exequias.

Este culto en común por la misma memoria estrechó los vínculos de admiración y de reconocimiento que unían al abad de Cluny con la viuda del Paracleto. Pedro el Venerable remitió á Eloisa en una carta, donde iba im-

presa su caridad evangélica, todas las circunstancias del fin y de la muerte de Abelardo, que podían consolar santificándola el dolor de una eterna viudez. Al hombre que escribió una carta tan original y afectuosa la religión le debía una estatua. Jamás la ternura divina se mezcló con mas indulgencia con la ternura humana; jamás la santidad tuvo mas condescendencia y la virtud mas misericordia. Se ve con qué delicadeza de sentimiento y de expresión, conduce hasta en la muerte, la imagen de estas *nupcias eternas*, imperecedera inspiración de Eloisa. La amistad de semejante hombre, y el amor de esta muger bastarían para atestiguar que Abelardo mereció mas de su siglo que lo que generalmente cree la posteridad.

Eloisa sobrevivió veinte años á su esposo, sacerdotisa de Dios, dada al culto de un sepulcro en la soledad del Paracleto.

Cuando sintió la muerte tanto tiempo invocada, pidió á sus hermanas que depositaran su cuerpo al lado del de su esposo en el féretro de Abelardo. El amor que los había unido y separado durante su vida por tantos prodigios de pasión y de constancia, pareció señalar por un nuevo prodigio su sepultura. En el momento en que se abrió el féretro de Abelardo para depositar en él el cuerpo de Eloisa, los brazos del esqueleto comprimidos veinte años, se dilataron, dicen, se abrieron y parecieron reanimarse para estrechar á la esposa devuelta al amor celeste con su eternal abrazo. Esta credulidad de los tiempos, transformada en milagro de amor, fué referida por los historiadores, cantada por los poetas, y consagró en la imaginación del pueblo la santidad de los dos esposos.

De este modo reposaron quinientos años en una de las naves del Paracleto, tan pronto separados por los escrúpulos de la abadesa, tan pronto reunidos nuevamente para obedecer al voto conyugal que había salido de su vida, de su muerte y que salía además de su tumba.

La revolución francesa que arrojó al viento tantas cenizas profanadas de los reyes y de los príncipes de la Iglesia, respetó las cenizas de los dos esposos. En 1792, habiendo sido vendido el Paracleto como propiedad eclesiástica, la ciudad de Nagent recogió las tumbas, y las abrigó solemnemente en su nave. En 1800, Luciano Bonaparte, celador de las cartas y colector de las reliquias del pasado, autorizó á un artista piadoso, á Mr. Louvir, para trasladar este féretro al museo de los monumentos franceses en París.

En 1815, el gobierno de los Borbones, que relevaba piadosamente todas las tumbas para dar al pueblo el culto de lo pasado, quiso restituir á la abadía de San Dionisio el féretro de Abelardo y Eloisa, que no le pertenecía mas que como el proscrito pertenece al perseguidor. Últimamente pasó al cementerio del pa-

re Lachaise. Allí se ven todavía las estatuas de Eloisa y de Abelardo rodeadas de coronas y flores fúnebres eternamente renovadas, sin que se vea la mano que las deposita. Parece que tienen una parentela eternal con todas las generaciones que se suceden sobre la tierra. Son las almas amantes separadas por la muerte, por la persecución ó la inflexibilidad del mundo, de lo que aman aquí abajo ó de lo que

lloran en el cielo. Atestigua tanto como pueden con estas ofrendas misteriosas, su admiración por la constancia y por la pureza en las pasiones. Atestigua la unión póstuma de estos dos corazones, que traspusieron la ternura conyugal de los sentidos al alma, que espiritualizaron la mas ardiente y la mas sensual de las pasiones, y que hicieron un holocausto, un martirio y casi una santidad del amor.